

Sarmiento y su visión militar¹

GUILLERMO ANDRÉS OYARZÁBAL

Universidad Católica Argentina

Departamento de Estudios Históricos Navales

gaoyarzabal@yahoo.com.ar

RESUMEN

Las grandes naciones se construyen a partir de la visión alentadora de un grupo de hombres, que en la comprensión cabal de la realidad son capaces de encontrar las soluciones necesarias. Para el estadista ningún asunto puede reconocerse sin su relación con el otro y todos adquieren importancia en tanto puedan contribuir al desarrollo nacional y el bienestar ciudadano. En Sarmiento, la educación habría de ser el origen, y su realización, el instrumento inapelable en la construcción de un estado moderno.

En este esquema las instituciones aparecen como los pilares sobre los que se apoya la verdadera esencia del espíritu nacional, y el único sostén legítimo del Estado; de allí la preocupación por su consolidación. A la organización de la política, de la justicia y de la administración en general, Sarmiento sumó un interés medular en torno al fortalecimiento del Ejército y la Armada, que tuvo como punto de partida las guerras civiles argentinas, continuidad con la experiencia adquirida en los Estados Unidos y su afirmación tras las consecuencias de la guerra con el Paraguay.

Esta investigación aborda los aspectos más profundos de su pensamiento castrense, materializado en obra a partir de un agudo trabajo de organización desarrollado a lo largo de sus servicios militares, y en la presidencia de la Nación con la adquisición de modernos armamentos y la creación de las primeras escuelas para oficiales.

¹ Este trabajo fue presentado en el *Congreso Extraordinario de Historia en Homenaje a Domingo Faustino Sarmiento en el Bicentenario de su Natalicio (1811-2011)*, San Juan, 12,13,14 de abril de 2011, organizado por la Academia Nacional de la Historia, La Junta de Estudios Históricos de San Juan y el Gobierno de San Juan.

PALABRAS CLAVE

Sarmiento – ejército y marina – poder militar

ABSTRACT

Great Nations are the result of the encouraging vision of a group of men, who with a thorough understanding of reality are capable of finding the necessary solutions. For Sarmiento, education was the ultimate instrument for the making of a modern state, but he was also concerned about the strengthening of the Army and the Navy after his experiences in the Argentine and American civil wars and the war of the Triple Alliance.

This paper focuses on Sarmiento's military thoughts, which materialized during his different appointments, and especially during his presidency with the acquisition of modern military equipment and the creation of the first military academies.

KEY WORDS

Sarmiento – Army - Navy – Military strength.

INTRODUCCIÓN

Extraña, aunque no alcance a sorprender, la escasa trascendencia que la vasta bibliografía le ha otorgado al pensamiento y a la actuación militar de Sarmiento. Es cierto que no faltan obras de relevancia, pero estas son muy pocas y en general del conocimiento de círculos reducidos de corte netamente profesional. Se cargan tintas sobre sus dos grandes creaciones, el Colegio Militar y la Escuela Naval, lo que tiene sentido por estar entroncadas en esa visión medular que tomaba a la educación como eje de todos los proyectos, pero que desatiende en su comprensión, la experiencia del sanjuanino transformada en conciencia. Una experiencia que se va materializando en su adolescencia al servicio de los ejércitos que operaban en el interior del país y que crece a lo largo de su vida, forjando en torno suyo la conciencia sobre la importancia y dimensión de fuerzas armadas nacionales.

ORIGEN E INFLUENCIAS EN SU PENSAMIENTO MILITAR

Por su edad Sarmiento no hubo de participar en los ejércitos de la Independencia y por eso, desde la temprana adolescencia, fueron las guerras

civiles las que lo tuvieron como protagonista. Indudablemente forjó su carácter con el dramático testimonio de los enfrentamientos entre hermanos y en el cuadro turbulento de los cuerpos de milicias, que como haciendo un culto de la indisciplina se mostraban fieros e irrefrenables: “veíamos los espectadores avanzar una nube de denso polvo, preñada de rumores, de gritos, de blasfemias y carcajadas, apareciendo de vez en cuando caras empolvadas aún, entre greñas y harapos y casi sin cuerpo” La escena recrea su primer contacto con los militares argentinos de entonces, y refleja su impresión de las montoneras de Facundo: “He aquí mi visión del Camino de Damasco, de la libertad, de la civilización. Todo el mal de mi país se reveló de improviso entonces: ¡la barbarie!”²

Más allá de la influencia que en lo político tuvo en su espíritu el acontecimiento, que según él mismo lo decidió en contra del partido federal, trasciende su aversión al caos y la impresión de que fuera de los principios regidos por el orden ninguna construcción sería posible. Desde el principio las guerras civiles lo ubican como un observador secundario y en ellas advierte los males que en todos los ámbitos aquejan al país.

Por cierto hacia el final de la década de 1810 se dibujaba el carácter de las facciones que terminarían por romper la unidad, y la atomización provocada por los caudillos de las principales ciudades iría gestando la nueva fisonomía del país. Las Provincias Unidas que precisamente en *unidad* se habían enfrentado a la trascendente decisión de declarar la Independencia, no se mostraban, más allá de lo formal, tan unidas como antes. La Nación, que desde la Revolución de Mayo se había mostrado inmovible, ahora cedía a la presión de las provincias que renegaban de su tradición con, hasta entonces, novedosos criterios de autonomía. El Congreso General Constituyente de 1824, apenas había logrado detener ese proceso, pero al definir en su seno las divisiones entre federales y unitarios, no había hecho más que alimentar con argumentos para las dos facciones la guerra civil que se mostraba irrefrenable. El fracaso de Bernardino Rivadavia en la guerra con el Brasil, su incapacidad para conciliar posiciones con el interior y el crecimiento de los federales porteños conducidos por Manuel Dorrego, cerraron la posibilidad de mantener la unidad abriendo paso a una violenta y extendida guerra civil.

² DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *Obras Completas*, tomo XXII, p. 224.

En junio de aquel año, un incidente ocurrido mientras prestaba servicios con el grado de subteniente en el Batallón de Infantería de la provincia de San Juan, lo había alejado del ejército provincial. Según la interpretación de Augusto G. Rodríguez, Sarmiento no concebía la milicia tal como aparecía en la montonera, en tanto representaba la barbarie contra la civilización, pero desde mi perspectiva, su alejamiento tiene más que ver con su visión de país y la idea de que los ejércitos locales, producto del federalismo impuesto por los caudillos, contribuía al mantenimiento de un sistema anárquico para la Nación.

La revolución encabezada por Juan Lavalle el 1 de diciembre de 1828 y las acciones de José María Paz en el interior fueron el origen de la actuación militar de Sarmiento, quien se alistó a las órdenes del coronel Nicolás Vega contra los federales de José Félix Aldao, Facundo Quiroga y Juan Manuel de Rosas.

No es mi intención detenerme en el entramado político que acuñaba la guerra, sino en la íntima composición de esos ejércitos, que por encima de cualquier filiación mostraban siempre su caótica esencia, donde residía el germen de la indisciplina, la ausencia de técnica y doctrina y la subordinación a líderes circunstanciales, que anunciaban la descomposición de cualquier organización militar.

Sucede, que aún cuando Sarmiento hace hincapié en los extravíos federales, no puede desconocer por evidentes los mismos males en la facción unitaria y por eso, se mostrará dispuesto a imponer los cambios necesarios. Estimulado por las circunstancias inicia entonces una tarea formativa proveyendo instrucción básica al soldado y táctica a los oficiales, en el marco de una administración minuciosa para lograr un sistema eficiente en la conducción de los hombres y en el manejo de los medios.

Esta misión autoimpuesta comienza a desarrollarse a partir de su nombramiento como ayudante del Escuadrón de Dragones de la Escolta del gobernador y capitán general de la provincia de San Juan en 1830³. Convencido de que era imperativa la imposición de orden y disciplina como fundamento para la constitución de los ejércitos, se abocó a esa tarea con singular dedicación. A las actividades rutinarias como pasar lista, cubrir

³ Nombramiento en el empleo de ayudante del Escuadrón de Dragones de la Escolta del teniente Domingo Faustino Sarmiento, Museo Histórico Sarmiento; citado por AUGUSTO G. RODRÍGUEZ, en *Sarmiento Militar*, Editorial Peuser, Buenos Aires, 1950, p. 43.

guardias y distribuir el racionamiento, integró otras ligadas directamente a la formación profesional técnica del soldado y táctica del oficial. Y en su afán por la eficiencia impuso también una estricta administración que hacía hincapié en una minuciosa aplicación de los gastos. Por encima de todo, su acción no tendría otro objetivo que la dignificación del soldado, en oposición a aquellos milicianos que advertía en las montoneras de Quiroga y que retratará en la ocasión “medio desnudos, desgredados y sucios”; factor de inspiración –según sus propias palabras– en la medida que le trajeron “la idea de la educación popular como institución política”⁴.

Por estos tiempos crece y se apuntala la admiración de Sarmiento por José María Paz, a cuyo Ejército de Línea sirve en el regimiento de Coraceros comandado por el coronel Santiago Albarracín. Escribirá luego en *Facundo*: “Paz es el militar a la europea; no cree en el valor si no se subordina a la táctica, a la estrategia y a la disciplina [...] Es el espíritu guerrero de la Europa hasta en el arma en que ha servido; es artillero y por lo tanto matemático, científico, calculador [...] es un militar hábil, y un administrador honrado, que ha sabido conservar las tradiciones europeas y civiles, y que espera de la ciencia lo que otros aguardan de la fuerza bruta”⁵.

La idea del militar se integra y crece junto con el proyecto político. El modelo europeo de soldado, que aparece en su criterio a la vanguardia de la civilización, se compone dentro del sistema republicano de Nación; que rechaza el atomizado esquema de ejércitos regionales y promueve la existencia del ejército único. De esta manera y desde muy temprano va madurando la idea del ejército profesional.

En efecto, durante las guerras civiles fue desarrollando su concepción respecto de las fuerzas armadas y el papel que habrían de sobrellevar en la República. Desde Chile su labor periodística y formadora también se ocupó de la virtud del soldado, para cuyo ejemplo señalaba las acciones de los generales de la Independencia, particularmente de José de San Martín y Gregorio Las Heras. Resulta oportuno reparar en esta mirada, pues las dos figuras representan algo más que mero espíritu guerrero, en tanto son protagonistas principales en la guerra de emancipación americana. En ellos, y en el uso estricto del papel militar, Sarmiento advierte el sentido nacional y la

⁴ *Ibidem*, p. 44.

⁵ DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *Facundo*, Calpe, Madrid, 1924, p. 191.

proyección continental del pensamiento sanmartiniano, y ennoblece el papel de los ejércitos sobre el mismo ideal de una Nación organizada.

Si en Paz ve al táctico, en San Martín reconoce al estratega. Las positivas referencias del sanjuanino a los ejércitos de la Independencia responden precisamente a la visión integradora que lo anima; al tiempo que reniega de los ejércitos populares, de la milicia ligada a sus jefes por lazos clientelares, rescata aquellos, en los que ve un proyecto de aliento, que apoyado en el sentir nacional es capaz también de trascender por su ideario las propias fronteras.

SARMIENTO, EL EJÉRCITO GRANDE Y URQUIZA

Con la esperanza de mayores libertades y convencido que la caída de Rosas traería consigo la unión del país sirvió en el ejército de Urquiza con el grado de teniente coronel. Escribiría en 1849: “En las edades más bárbaras de la Europa [...] los señores feudales tenían sus tropas de siervos armados para arrancar contribuciones a los pasantes y quitarles parte de lo que llevaban...”⁶ La apelación, que tiene por objetivo condenar las aduanas interiores impuestas por las provincias sujetas a la estructura trazada por la confederación, permite percibir el carácter que le otorgaba a sus ejércitos, ligados a intereses regionales y distantes por su esencia de cualquier aspiración conciliadora. En 1850, Sarmiento, como siempre enfrentado al sistema de pactos interprovinciales trazado por Rosas idealiza en Argirópolis una organización federal:

Terminar la guerra, constituir el país, acabar con las animosidades, conciliar intereses de suyo divergentes, conservar las autoridades actuales, echar las bases de desarrollo de la riqueza, y dar a cada provincia y a cada Estado comprometido lo que le pertenece⁷

Para ese propósito fija la mirada en el poder político, económico y militar del gobernador de Entre Ríos. Hacia junio de 1851 Justo José de Urquiza parecía materializar en su pensamiento los ideales de la oposición a Rosas

⁶ DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud América*, Fondo de Cultura Económica, México – Buenos Aires, 1958, p. 5.

⁷ DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *Argirópolis o capital de los Estados Confederados del Río de la Plata*, Imprenta de Julio Belin, Santiago de Chile, 1850, introducción, p. 4.

con expresiones contundentes y reveladoras, donde afirmaba su resolución de atacar “el miserable” espíritu provincialista, respetar el principio bajo el cual debemos constituirnos y la integridad del territorio “a todo trance”⁸. Sarmiento no puede menos que adherir a estas ideas y seguirlo en la campaña. Pero las decisiones políticas adoptadas por Urquiza inmediatamente después de la victoria exigieron su alejamiento y ahondaron las diferencias entre ellos. Hacia 1852 el vencedor de Caseros aparecía ante sus ojos como aquél caudillo *caprichoso indisciplinado y salvaje*, aquél *monstruo* de “libertinaje, de petulancia, de grosería y de egoísmo que produjeron nuestras guerras civiles”⁹. Sarmiento se muestra entonces como un apasionado federal, desestimando de hecho la confusión que los identificaba con Rosas.

Ciertamente en este país distinto, el unitarismo desde su interpretación más pura se había extinguido desde la derrota de la coalición del Norte y la muerte de Juan Lavalle en 1841; ya nadie podía pensar seriamente en una organización semejante. En realidad el federalismo más puro, el doctrinario y moderado poco tenía que ver con el que se había impuesto desde Buenos Aires y de alguna manera era aquel pensamiento el que con sus características habría de imponerse. Esto fue reconocido pragmáticamente por los tradicionales opositores y Sarmiento escribía en el epílogo de aquella obra que su pasión era llegar a los “santos fines de organizar el país bajo la forma federal, que –señalaba- he explicado, ennoblecido y justificado”¹⁰.

Me he extendido en este punto para demostrar que su convicción en torno de la organización nacional estaba directamente implicada en la concepción de los ejércitos, cuyo servicio debía concentrarse únicamente en la Nación. Esto atenúa la idea que la organización que sostiene para las fuerzas armadas tiene que ver solamente con la nefasta opinión de las montoneras; va más allá, pues no sólo son condenadas por el sanjuanino en virtud de su ferocidad sino por la figura del caudillo a quien responden y la parcialidad de sus objetivos. Sarmiento necesariamente habría de alejarse de Urquiza en quien advierte la continuación de las políticas de Rosas:

⁸ DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *Campaña en el Ejército Grande...*, cit., p. 22.

⁹ *Ibidem*, p. 315.

¹⁰ *Ibidem*.

El caudillismo –dice Tulio Halperín Donghi- adaptado a las nuevas exigencias del comercio con las metrópolis europeas lo conoció Sarmiento en Entre Ríos; monopolios comerciales del gobernador y sus amigos; producción orientada hacia los pingues negocios de exportación, trabajo esclavo de los rehenes de las pasadas guerras... Sarmiento se negó a ver en ello el fruto largamente soñado de veinte años de lucha¹¹.

La organización nacional implicaba un salto hacia adelante que mayoritariamente fue interpretado en favor de la consolidación institucional. El relativo fracaso de Urquiza en este sentido había distanciado nuevamente a Sarmiento, quien desde Chile se mantuvo políticamente activo, pero alejado de cualquier vinculación con lo castrense. Recién en marzo de 1855 retornó al país y esta vez como oficial jefe del Ejército de Buenos Aires. Me detengo en la visión de Sarmiento de este tiempo, para quien la cuestión militar, como muchos otros aspectos, ya no aceptaba aplazamientos.

En 1857, y tras ser elegido senador por San Nicolás en la provincia de Buenos Aires, se centró en la organización del ejército con sólidos argumentos, envueltos en un discurso de significativos alcances, donde comparaba la dignidad alcanzada por los soldados de San Martín, con la desaprensiva actitud de los militares de su época. A aquellos opuso la distorsionada flojedad del oficial contemporáneo que, sin distinguir clases, había visto “tendido de barriga jugando con el soldado”¹².

Más allá del éxito o no de las propuestas e iniciativas, lo señalado muestra la naturaleza de su pensamiento en la materia, en tanto las instituciones castrenses, según las concibe, debían estar regidas por la disciplina y señaladas por el prestigio. La mirada profesional que se centra en ellas iría materializando entonces el perfil de su tratamiento y obviamente las acciones conducentes a obtener el ejército ideal.

Esta etapa lo muestra debatiendo por fuerzas armadas profesionales ceñidas estrictamente al servicio de las necesidades del Estado, al tiempo que categóricamente reniega de la tradición sudamericana que a diferencia de la europea –explica- hace jefes de sus ejércitos a hombres públicos de influencia política y económica. Sostiene que deben promoverse pocos generales y

¹¹ *Ibidem*, Introducción TULLIO HALPERÍN DONGHI, p. XXVIII.

¹² DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *Discursos Parlamentarios*, Augusto Belín Sarmiento, Buenos Aires, 1898.

todos ellos laureados por sus méritos y servicios en el campo de la guerra, para que no puedan convertirse en la ocasión en caudillos del pueblo: “Yo entiendo –decía- que para enaltecer la carrera militar [...] lo que se debe hacer es hacerles conquistar por servicios brillantes los grados”¹³

Pero mientras en el parlamento porteño se debatían esta y otras cuestiones la relación con la Confederación se tensaba. El 31 de marzo de 1859 Urquiza exigió la unión de Buenos Aires mediante un documento que además del de Entre Ríos tuvo el consenso generalizado de las provincias de Corrientes y Santa Fe. El manifiesto conocido como *Segundo Pronunciamiento de Urquiza* y apoyado por resoluciones del gobierno de Derqui, marcaba de hecho un nuevo enfrentamiento en el campo de batalla.

Sarmiento volvió a enrolarse y fue destinado como jefe del Estado Mayor del Ejército de Reserva de Buenos Aires, funciones que conocía bien y que por otra parte se adecuaban perfectamente a su temperamento militar. Resulta casi redundante a esta altura de la exposición decir que este es el ámbito militar donde se siente más cómodo, pues lo ubica en el núcleo desde donde surgirán las decisiones logísticas y estratégicas para las que por su formación está más preparado. Desde Palermo y hacia fines de agosto, escribe una enfática e instructiva nota a Pastor Obligado, ministro de Guerra y Marina, donde exhibe no sólo su empeño por la organización y el control administrativo, sino una legítima preocupación por contar con medios suficientes, adecuados y modernos para llevar adelante el conflicto.

Pide la renovación y adquisición de armamento moderno para reemplazar el existente que considera obsoleto, y premura para lograr una distribución acertada, que permita a su vez el adiestramiento necesario. Sarmiento compara la eficiencia de los viejos fusiles a chispa e insiste en dotar a todos de los nuevos a percusión, bregando así por ponerse también a la vanguardia de la tecnología. Así, juzga que aún el ejército de Reserva, por la posibilidad de entrar en campaña, debe ser dotado de “medios eficaces de acción” creándole “prestigios” que lo eleven ante sus propios ojos y los del enemigo; “eso no se obtendrá –dice- si por un constante fogueo el soldado no ha adquirido completa confianza en su arma, y la idea de su superioridad”¹⁴

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Sarmiento al ministro de Guerra y Marina Pastor Obligado, Campamento en Palermo, 31 de agosto de 1859. Citado por AUGUSTO G. RODRÍGUEZ, *op. cit.*, pág 144.

Por eso, aconseja también la provisión de la mayor cantidad de cartuchos de fogeo y a bala que “sin reparar en gastos” permitan tanto el adiestramiento como una efectiva capacidad de acción¹⁵.

Al ser derrotado en Cepeda (23 de octubre) el ejército de Buenos Aires, e imponerse entonces la acción militar de la Reserva, fue nombrado segundo jefe de la Línea de Fortificaciones, acompañando al coronel Wenceslao Paunero en el Comando General. Frente a las escasas posibilidades de victoria parte de la ciudadanía se inclinaba por la rendición, el resto en cambio se mostraba dispuesta a sostener la resistencia. Sarmiento que coincide con los últimos, pretende combatir hasta el final y en un diálogo con Rawson desnuda la racionalidad de su pensamiento: “Para ser vencido es necesario ponerse en el campo de batalla. Así se conserva el carácter de los hombres”. Augusto G. Rodríguez, en la documentada biografía del Sarmiento militar señala:

Tenía la seguridad de que en la guerra ningún acto heroico puede resultar estéril. El de menor trascendencia siempre constituye un ejemplo que ejercerá, tarde o temprano, su eficaz influencia sobre el espíritu de los soldados y el pueblo del futuro¹⁶.

Por esa y otras razones concurrentes Sarmiento se mostró categóricamente contrariado con el Senado cuando sin lucha terminó aceptando las condiciones de Urquiza; pero por encima de los acontecimientos y la visión política de aquel momento lo que interesa en este estudio es la mirada que sobre lo militar tiene el sanjuanino, incapaz de claudicar frente a la convicción de cada acto debe también ejercer una función formativa sobre el ciudadano.

TIEMPOS DE ORGANIZACIÓN

La victoria de Mitre sobre Urquiza en Pavón fue despejando el escenario político, y Sarmiento tras cubrir fugaces cargos en el Ejército es desig-

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ *Ibidem*, p. 149.

nado gobernador interino de San Juan. Tanto en el Norte como en Cuyo, la amenaza de la guerra se mantiene, y el gobernador sanjuanino comprende que no es momento de dilaciones, compra armas y uniformes en Chile, forma dos escuadrones de caballería, una escolta de gobierno y consigue el apoyo del Regimiento 1 de Caballería para la provincia, poco después crearía la legión de extranjeros de San Juan.

Cree firmemente en la importancia de una sólida estructura militar, que además trascienda los designios locales, y en ese sentido le escribe a Mitre mientras lleva adelante sus proyectos: “Un escuadrón o un regimiento de caballería creado bajo mi inspección, donde hay alfalfa, caballos y mulas, y posibilidad de civilizar la caballería, daría a la República un modelo, créamelo”¹⁷. En otra carta le diría: “algún punto de esta parte de la República debe ser estación de tropas nacionales y desde Catamarca a San Luis, San Juan me parece más adecuado. Ha de crearse caballería de línea. ¿Por qué no hacerlo aquí?”¹⁸

La profesionalización y organización militar, la adecuada ilustración de la tropa y consolidación de fuerzas armadas nacionales eran su obsesión: “Voy, pues, marchando a fuerza de coraje, y en cuanto a ilusiones tengo a mi público embaucado y boquiabierto, sobre todo en materia militar, pues no se imagina usted cuanta sorpresa ha causado ver un ejército equipado a la porteña, y guardadas las formas en todo”¹⁹.

Por exceder los propósitos de este trabajo no me detengo en la esforzada, consistente y exitosa actividad de Sarmiento en la guerra contra Peñaloza, ni en el acompañamiento militar que ya con el grado de coronel desarrolló al lado del Ejército Nacional.

Establecido Mitre en la presidencia, cumpliría misiones diplomáticas en Chile y Perú, hasta recalar en mayo de 1865 como ministro plenipotenciario en los Estados Unidos. Llegaba al país apenas un mes después de terminada la larga guerra civil y se sorprende ante aquel despliegue que pueden mostrar los vencedores por la magnitud de las fuerzas, la aplicación de los recursos, la simplicidad de los equipos y arneses para la artillería y

¹⁷ Sarmiento a Mitre, San Juan, 22 de enero de 1862, *Archivo del General Mitre*, Tomo XII, Buenos Aires, 1913.

¹⁸ Sarmiento a Mitre, Buenos Aires, 12 de marzo de 1862, *Archivo del General Mitre*, op. cit.

¹⁹ Sarmiento a Mitre, sin fecha, *Páginas Confidenciales*, Buenos Aires, Elevación, 1944.

caballada y los avances en la tecnología militar tanto terrestre como naval. Junto a su preocupación por la tecnología en armamentos se manifiesta igualmente preocupado por lograr sistemas de abastecimiento eficientes. En los Estados Unidos toma contacto con un significativo informe “*Las raciones del Ejército. Cómo disminuir su peso y volumen, seguridad y economía en su administración, evitar la escasez y aumentar el bienestar, la eficiencia y la movilidad de las tropas*”²⁰. Según sus propias afirmaciones el problema lo había preocupado durante su gestión en el ejército de Reserva de Buenos Aires, donde había aplicado un procedimiento de administración y distribución de raciones que evaluaba como “económico y nutritivo”; pero evidentemente el que se le presentaba era superador, sobre todo porque en el Paraguay donde había que proveer a ejércitos con más de cincuenta mil hombres y en territorios donde no abundaba el ganado era necesario adoptar procedimientos que reemplazaran a los anteriores. Como en otras oportunidades Sarmiento volvía sobre el ejército de los Andes, que en su campaña, según cita, había preparado “carnes secas asadas y molidas, mezclándola con galleta y los necesarios condimentos, a fin de que estuviesen en estado de comerlas, con sólo echarles agua caliente, lo que hacía un alimento sabrosísimo. Esta carne seca se prepara en Chile con el nombre de charqui, y en nuestros ejércitos sería de útil aplicación”²¹.

Al análisis sistematizado de las novedades existentes en la materia, agregaba Sarmiento una ansiedad asombrosa por incorporarlas en la Argentina.

Se venden por millares objetos de material de guerra, en remates y a precios ínfimos, y se me va el alma de no poderlos asegurar²².

²⁰ Título original en inglés: *Army Rations. How to diminish its weight and bulk, secure economy in its administration, avoid vast, and, increase the comforts, efficiency, and, mobility of the troops.*

²¹ Domingo F. Sarmiento a D. B. N. Horsford, Nueva York, 22 de octubre de 1865. En: Las escuelas: base de la prosperidad y de la República en los Estados Unidos. Informe al ministro de Instrucción Pública de la República Argentina de Domingo F. Sarmiento, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario cerca de los gobiernos de Chile, Perú y Estados Unidos, Nueva York, 1966.

²² D. F. SARMIENTO, B. MITRE, *Correspondencia 1846-1868*, Museo Mitre, Ed. Coni, 1911.

Desde su comisión, inició una activa campaña para convencer al gobierno, y en especial a Mitre, de los beneficios de adquirir los equipos y armamentos de los que se desprendía el gobierno del presidente Andrew Johnson.

Al tiempo que piensa en la compleja e integral modernización del ejército atiende también al desarrollo de los medios navales. Y mientras reclamaba la adquisición de pertrechos y armas, mostrándose particularmente sensible frente a los desarrollos de la tecnología naval, se lamentaba por la oportunidad perdida de adquirir los modernos buques que se rematan a un quinto de su valor²³.

En efecto había mantenido sólidos contactos con oficiales de los dos ejércitos. En el Norte le llamaron particularmente la atención un nuevo tipo de buque, el monitor, cuya actuación fue determinante en los combates navales de la Guerra de Secesión, y del Sur rescató otro original sistema de armas basado en la acción de un proyectil de gran poder destructivo, el torpedo, que apoyaba su eficacia en la sorpresa. Sus características, además de disminuir el grado de vulnerabilidad ante el fuego enemigo, permitían el movimiento de los cañones en los 360° independizándolos de las limitaciones impuestas a la maniobra por las condiciones del teatro de operaciones, lo que representaba una ventaja particularmente apreciable en aguas restringidas. Los torpedos, en cambio, eran un arma de remotos antecedentes, cuya consideración había crecido extraordinariamente durante los últimos años.

Sarmiento, centrado en la visión de los hombres de la generación del 37' consideraba el Río de la Plata como centro y eje de los esenciales intereses argentinos y fue precisamente sobre estos principios y tras los conocimientos y la experiencia adquirida en los Estados Unidos que maduró el proyecto de la Marina que quería para el país. Forjaba así la idea de contar con una modesta escuadrilla de acorazados de río y se sintió particularmente inclinado a ver en el torpedo la solución más pronta y viable para resolver el problema de la defensa naval argentina.

Con respecto a los medios navales que por sus características técnicas y de vanguardia representaban lo más interesante escribía:

²³ Vide nota de Sarmiento al ministro de Relaciones Exteriores, Nueva York, 16 de junio de 1865. En: SARMIENTO, *Obras Completas*, tomo XXXIV, *op. cit.*

Se están vendiendo en pública subasta los buques de vapor de guerra que formaron las escuadras fluviales [...] se han rematado algunos por el quinto de su costo y están anunciados otros para la semana entrante²⁴.

No perdía el tiempo y extremando el mandato de sus instrucciones antes de finalizar la comisión había adquirido y remitido armas, junto con la contratación de ingenieros militares y hasta de un jefe del sur con conocimientos en la aplicación técnica y táctica de los torpedos²⁵.

Pero la guerra con Paraguay ocupaba demasiado al presidente argentino como para que pudiera concentrarse en proyectos de aliento. Todo aquel bagaje adquirido en el extranjero habría de aplicarlo luego, muy pronto desde la primera magistratura.

EN LA PRESIDENCIA

La elección de Sarmiento, con una significativa mayoría de votos del colegio electoral para la presidencia, lo obligó a volver precipitadamente al país. La Nación estaba empeñada en la sangrienta guerra que había requerido el sacrificio de sus hombres más jóvenes y a él, que en ella había perdido un hijo, le tocaría darle fin. En el orden que apuntamos, la guerra de la Triple Alianza no podía menos que dejar la amarga sensación de que el país había sido sorprendido por el conflicto sin la preparación necesaria. Mitre había movilizado a las guardias nacionales provinciales y al reducido aunque mejor organizado Ejército de Línea, para combatir en un teatro de operaciones lejano y que ofrecía las peores condiciones de vida, en el contexto de un país que no había podido erradicar el flagelo de las divisiones internas y donde la guerra civil todavía dificultaba tristemente la posibilidad de consolidar la organización nacional. La Armada era poco menos que un proyecto, pocos buques mal pertrechados, peor armados y sin la necesaria cantidad de hombres adiestrados para llevar adelante operaciones de la magnitud reclamada. Mientras los primeros a costa de ingentes sacrificios se habían mantenido al frente en los campos de batalla, la Marina había conformado un mal dis-

²⁴ DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *Cuestiones Americanas*, tomo XXXIV, Ed. Luz del Día, Buenos Aires, 1952.

²⁵ D. F. SARMIENTO, B. MITRE, *Correspondencia 1846-1868*, Museo Mitre, Ed. Coni, 1911.

puesto conjunto de barcos contribuyendo sólo con acciones aisladas y más concretamente operaciones logísticas y de abastecimiento. Sarmiento que a lo largo de toda su vida había bregado por la ilustración, equipamiento y organización de los ejércitos tanto de mar como de tierra, indudablemente no podía estar conforme con el papel de la Argentina que salvando el honor del soldado, no había estado a la altura de las circunstancias debido a la falta de medios. Si esto había sido percibido por el sanjuanino al concentrarse en el esfuerzo de guerra ni bien asumió la presidencia, mucho más habrían de movilizarlo las consecuencias inmediatas de la paz que enfrentó a la Argentina en la mesa de negociaciones con su aliado más poderoso, el Brasil.

La relevancia del poder naval brasileño se convirtió en un factor predominante al dirimirse los intereses de las distintas naciones que participaron en el conflicto, con proyecciones que permitieron la franca influencia del Brasil en los tratados de límites que la Argentina libró con el Paraguay.

La herencia que había recibido en lo militar era abrumadora. A la guerra y sus consecuencias se sumaban las fatigas del conflicto de fronteras con el indio y las réplicas revolucionarias y desestabilizadoras del caudillo entreiriano López Jordán.

La lucha interna había señalado un tono aún más dramático a la contienda internacional, que tras sus derivaciones señalaba con evidencia incuestionable la necesidad de formar por fin y definitivamente fuerzas armadas nacionales, comprometidas con los intereses de todos y sostenidas por el espíritu de cuerpo que se alcanza con la profesionalización en escuelas propias. Este ejército nacional es el que en la mente de Sarmiento se materializaba casi con naturalidad, ante la visión de un país cercado por minorías locales aferradas al poder de las armas. Así lo revelaba en su circular a los gobernadores de abril de 1870 en ocasión del asesinato de Urquiza, donde sostenía la omnipresente figura del presidente de la República, en tanto jefe único de las fuerzas de mar y tierra y la indiscutible autoridad militar sobre los gobernadores de provincia²⁶.

El perfil que habría de darle tendría que ver necesariamente con lo que él había visto y aprehendido en el extranjero. La evolución de las armas y la necesidad de conocimientos técnicos, es decir de una sólida formación

²⁶ Sarmiento a los gobernadores, Buenos Aires, 25 de abril de 1870. En: DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *Obras Completas*, tomo XXII, *op. cit.*

del soldado, para la utilización eficiente de los sistemas de armas simples y complejos, aparece con claridad entre sus cavilaciones; a esto uniría la suma de conocimientos científicos que contribuyeran a proyectar el pensamiento de nuestros militares donde no podían faltar, junto a los estudios tácticos, una comprensión geopolítica y una visión estratégica. De esta manera advertía que la guerra científica reemplazaba sin solución de continuidad a la guerra intuitiva, diluyéndose necesariamente aquel soldado en la medida que se materializaba otro de mayor preparación.

El militar de conocimientos complejos e integrales surge en el pensamiento de Sarmiento antes que en ningún otro estadista argentino de la época. A esos objetivos responde la creación del Colegio Militar en octubre de 1869: “Me prometo contraerme a preparar a la carrera militar nuevo prestigio con mayor contingente e instrucción científica”²⁷.

En mayo de 1872 a un año de funcionamiento del instituto ratificaba con juicios precisos el camino señalado por sus decisiones, al reafirmar en la labor de los profesores la misión de dotar al ejército de “oficiales científicos” indicando entonces que el arte de la guerra, por el material y sus medios poderosos de destrucción, ponían el valor al servicio de la ciencia y del genio y donde el saber –decía– “era una guía hasta en los campos de batalla”²⁸.

A la acción concreta aplicada en la organización, alistamiento e instrucción del Ejército sumó una labor aún más significativa en lo naval, pues por sus condiciones se hallaba en una mucho más desmerecida posición. No hay exageración al decir que Sarmiento fue el creador de la marina moderna. La ley de armamentos sancionada en mayo de 1872, y que estimaba la inversión de 2.600.000 pesos fuertes para la compra de armas portátiles de precisión y de “tres buques de guerra encorazados, del sistema más adelantado y más adecuado al servicio en las aguas de la República”²⁹, abría un camino de realizaciones impensado, desde las guerras de la Independencia la Argentina había suplido sus necesidades navales con buque mercantes adaptados para

²⁷ AUGUSTO G. RODRÍGUEZ, *op. cit.*, p. 345.

²⁸ Mensaje al Congreso al abrir las sesiones parlamentarias, mayo 1872. En: H. MABRAGAÑA, *Los Mensajes*, tomo III, Guerra, Buenos Aires, 1910.

²⁹ Congreso de la Nación Argentina. *Actas de las Sesiones de la Cámara de Senadores*, Ley n° 498 del 27 de mayo de 1872, autorizando la inversión de 2.6000.00 pesos fuertes en la compra de buques y armas. Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1894.

la guerra, adquiridos por medio de requisas circunstanciales y sin ninguna proyección. Los que la ley contemplaba eran buques de guerra concebidos como tales y a la vanguardia de los adelantos tecnológicos de la época.

La influencia de su paso por los Estados Unidos se advertía no sólo por el tipo de unidades que luego se adquirieron, dos monitores con aquellas características que desde su comisión tanto había valorado, sino también por la designación de ingenieros militares norteamericanos confederados para desenvolver luego los primeros desarrollos sobre torpedos en la Argentina. El proyecto inicial fue modificado y ampliado poco después con la adquisición de cuatro bombarderas y dos cañoneras que acompañarían a los dos únicos monitores que se compraron.

Ese mismo año y sobre la base del ejemplo del Colegio Militar fue creada la creada la Escuela Naval Militar, el consenso alrededor de la necesidad de organizar la Marina y la adquisición de los primeros buques de guerra daban sentido a la iniciativa. La escuela comenzaría funcionar en un viejo vapor el *General Brown*, de pobres condiciones y sin ninguna aptitud para el combate, pero que en su modestia se mostraba adecuado para el aprendizaje de los primeros conocimientos marineros. La cuestión, sintetizaba, sin embargo, la impronta del presidente argentino, para quien la educación y la cultura eran el punto de partida de cualquier aspiración.

Sobre el rumbo dispuesto y en coincidencia con aquel espíritu, también se estableció en Zárate el primer Arsenal de Marina³⁰. La elección del lugar respondió naturalmente a la defensa del Río de la Plata, y todas las consideraciones giraron alrededor del apoyo que podría brindar a las unidades de río dispuestas en las embocaduras del Paraná, del Uruguay y en Martín García.

Las creaciones del Colegio Militar en 1869 y de la Escuela Naval en 1872 responden a este pensamiento sobre el carácter, función y papel de los ejércitos en los estados contemporáneos. Una idea que se fue materializando en la conciliación de la experiencia con la teoría y que cobró definitivamente forma en el ejercicio de la presidencia. En la visión de Sarmiento las instituciones se entroncaban con objetivos similares: “dotar al ejército –dice en relación con el Colegio Militar - de oficiales científicos ya que el arte de

³⁰ Ley n° 1425, del 4 de octubre de 1873, autorizando al Poder Ejecutivo la inversión de hasta trescientos mil pesos fuertes en la construcción de arsenales y depósitos de marina. *Colección de Leyes y Decretos Militares*, tomo II, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1898.

la guerra, por el material que requiere y sus medios poderosos de destrucción, pone el valor al servicio de la ciencia y del genio”; para la Marina, cuya escuela comenzó funcionando a bordo del viejo vapor General Brown se apuntaba a la formación teórico práctica que a bordo de los buques imprimiera la preparación necesaria para el arte de la guerra marítima junto al conocimiento de las costas de la larga extensión del mar argentino.

CONCLUSIONES

La historia impone sobre los hechos un análisis complejo, dinámico y reflexivo, que en última instancia permite comprender al hombre por sus intencionalidades en acción. Sarmiento no ofrece al historiador grandes dificultades en este sentido, pues debido a su protagonismo vital ha dejado notables testimonios materiales, al tiempo que, consciente de su responsabilidad formadora quedan en nuestros archivos las notables páginas que ilustran su pensamiento.

Como todos los hombres de su tiempo transitó entre la inacabable guerra civil y los esporádicos conflictos nacionales. En efecto, entraba a la adolescencia cuando se desató en el Río de la Plata la guerra con el Brasil y fue testigo entonces de una violencia entre hermanos que no menguaba ni aún en presencia del enemigo extranjero.

Determinado por la ferocidad que advertía irracional en las montoneras renegó de ellas tanto por las formas como por los propósitos que defendían y a sus manifestaciones opuso la necesidad de dotar a los ejércitos no sólo del vestuario y armamento adecuados sino de una sólida administración regida por la más férrea disciplina, técnica y doctrina. En su azarosa carrera militar Sarmiento trabajaría por la imposición de estos pilares al tiempo que en la medida que la Nación se organizaba diseñaba el perfil de las fuerzas armadas que quería para la patria.

Por eso y aunque probablemente haya querido destacarse con la espada sólo encontró su verdadero lugar en los estados mayores donde por su temperamento, inteligencia y aptitudes pudo dar aún más de lo que se esperaba de él.

Al entender el estado nacional como la única forma viable de organización política, advirtió en las fuerzas armadas un factor de orden que apoyado en la disciplina interna, el respeto por las jerarquías y la división de funciones contribuiría a establecer la supremacía de la sociedad sobre el individuo.

Esta visión de ejército profesional sobre la que empezó a trabajar en San Juan cuando era gobernador fue la que pudo plasmar luego al ocupar la primera magistratura. Sarmiento, entonces dotado con la madurez de su larga experiencia y enfrentado a una dura y nueva realidad tomó el camino por el que había trabajado siempre, la necesidad de imponer el orden en la Nación.

Las consecuencias de la guerra del Paraguay sirvieron como catalizadores en la toma de decisiones. No era la primera vez que el país se enfrentaba al enemigo extranjero haciendo gala de una improvisación irresponsable. Había ocurrido frente al Brasil en 1825 y en la guerra que Rosas mantuvo junto a Manuel Oribe en contra de Fructuoso Rivera en la década de 1840. Pero lo sucedido antes, en el marco de un país cercado por guerras intestinas, y donde prevalecían los localismos sobre las aspiraciones nacionales, no habría de ser admisible en los nuevos tiempos donde la organización mostraba sus beneficios.

Desde la presidencia Sarmiento tuvo la oportunidad de animar con acciones y hechos todo lo aprehendido en el extranjero, adaptando a la propia realidad la experiencia de los más adelantados. Su obra en el orden militar fue sin duda la más trascendente, pues quebró la práctica anterior mediante la cual el país -enfrentado al conflicto- arbitraba la constitución y alistamiento de sus ejércitos apelando a medios no probados, a veces obsoletos o forzosamente adaptados, por un sistema iluminado por pautas de previsibilidad.

En efecto, su obra, al apoyarse en los desarrollos bélicos de vanguardia y crear instituciones educativas forjó una tradición basada en principios de estricta profesionalidad; criterios a los que por otra parte se abreva, cada vez que por distintas razones la Nación sufre la tentación de apartarse de aquella senda, trazada en la huella fundadora del pensamiento de Sarmiento.